

*Cartas a Katherine Whitmore (1932-1947)*

Barcelona: Tusquets, 2002

## ¡Qué alegría más alta: / vivir en los pronombres!



**A**SISTIMOS EN LOS últimos años a un despertar del interés de los investigadores por los documentos privados (cartas, cuadernos, diarios, etc.) de poetas y escritores españoles del pasado siglo, interés inseparable de una revalorización y de un replanteamiento de los estudios biográficos, cada vez más demandados por un amplio sector del público lector. Por otra parte, se van superando posiciones maximalistas en la forma de abordar el análisis de las complejas y diversas relaciones entre el *autor* (como *institución* y como *función* en el marco del sistema literario) y la persona del autor, entre el autor y la obra, entre el autor y el lector. No se trata, por supuesto, de reivindicar lo que en su día se valoró como falacia intencional, pero sí de revisar desde la teoría y desde la historia literarias el lugar del autor en el proceso de la comunicación literaria, el establecimiento de los contratos de lectura, los efectos del paratexto autorial en la descodificación e interpretación de los textos, y, en fin, las formas de incorporar, manejar y transformar materiales autobiográficos en la composición de las obras, cuyo conocimiento por los lectores puede iluminar posibilidades significativas insospechadas.

En este contexto se inscribe la edición a cargo de Enric Bou de parte de la correspondencia amorosa que Pedro Salinas mantuvo con la profesora norteamericana Katherine Whitmore entre 1932 y 1947: un conjunto de 151 cartas seleccionadas de entre las 354 que componen la colección que la citada profesora donó en 1979 (tres años antes de su muerte) a la Houghton Library de la Universidad de Harvard, junto con 144 poemas que en su mayor parte resultan primeras versiones de textos que podemos leer en los libros de su trilogía amorosa formada por *La voz a ti debida* (1933), *Razón de amor* (1936) y *Largo lamento*.

Hay que advertir, en primer lugar, que las cartas de ella se han perdido y sólo contamos con unas páginas, acertadamente incluidas aquí como apéndice, en las que resume el proceso de su relación con Salinas y en las que no deja de sorprender su declaración de que los poemas de *La voz a ti debida*, inspirados sin duda en la pasión que ambos compartían,

apenas tienen que ver con ella. En este sentido da la razón a críticos como Leo Spitzer y Ángel del Río quienes dudaron de la existencia de una amada real e interpretaron los versos como un trabajo de la imaginación, un *amor cerebral*. El argumento en que se basa es que muchos de los poemas «implican una experiencia que no conocimos». De estas palabras de la profesora Whitmore se desprende una concepción de la relación entre experiencia biográfica del autor y creación poética de uno es a uno: o todo o nada. Es obvio que los poemas no son una crónica de la pasión amorosa que ambos sintieron, ni reproducen las circunstancias exactas en que aquella se desarrolló, pero también resulta igualmente obvio, especialmente a la luz de esta correspondencia, que existe un vínculo estrecho entre la experiencia amorosa tal como se elabora en las cartas y la que se construye en los poemas, y que el *tú* que el yo poético crea en éstos tiene un fuerte paralelismo con el *tú* que el enamorado Salinas crea en las cartas. Uno y otro *tú* son, desde luego, imágenes textuales, productos de la elaboración verbal e imaginaria de la pasión amorosa, en las que la destinataria real está llamada a reconocerse. Así lo constata el propio Salinas:

No es poesía, sólo, no es literatura, no, es vida, vida vivida, y ni críticos, ni historias, ni años, podrán jamás juzgar mejor que la criatura por quien esa vida fue vivida, a cuyo lado fue vivida. Ese orgullo de tu esencial colaboración en mi libro, ese «Sí, Pedro», ese «sí, soy yo», ese *reconocerte* en él. Leerán este libro [se refiere a *La voz a ti debida*] otros ojos, otros seres, pasarán los poemas por otras manos, pero en el fondo primero de todo, *vistos* por todos y *no vistos* por nadie, presentes para todos, estaremos abrazados sin que nadie nos desuna jamás, *tú y yo* [237].

Por eso resulta un tanto incongruente que Enric Bou afirme en las líneas finales del prólogo que la correspondencia parece corroborar la opinión de la destinataria, esto es, que entre lo que ellos vivieron y los poemas no hay conexión alguna, de modo que los orígenes de éstos «serían puramente literarios, fruto de la imaginación de un ávido lector y poeta que, mediante la palabra, consiguió alterar el mundo “real” a través de un mundo poético» [35]. La fobia al biografismo, herencia de ciertas formas radicales de inmanen-

tismo y que se justificaba como rechazo a la acepción pedestre y elemental de alguna crítica decimonónica, impide aún hoy encarar con rigor la complejidad de las relaciones entre autor y obra. Una cosa es que los poemas sean autónomos con respecto a la relación amoroso-epistolar que Salinas mantuvo realmente, en la medida en que la elaboración artística necesariamente impone un salto ontológico con respecto a los sentimientos vividos, y otra muy distinta es que su composición, sus temas, sus estructuras formales y la teoría amorosa que de ellos se desprende no deban nada a la experiencia que el poeta estaba viviendo intensamente y de la que obtenía material de inspiración y de trabajo.

Todo ello, por otra parte, queda suficientemente demostrado por el propio editor quien en un apartado final de *Notas* va aclarándonos con meticulosa atención las conexiones entre determinados fragmentos de las cartas con poemas de los libros salinianos. La publicación de este epistolario secreto —secreto no sólo por privado sino por custodiar la relación clandestina entre una joven hispanista y un Salinas casado, que nunca parece plantearse la posibilidad de un divorcio pero que tampoco quiere/puede renunciar a un amor vivificador y estimulante en el plano vital y poético: de ahí la constancia en la escritura—, se justifica ante todo y sobre todo porque ofrece una información muy valiosa acerca del contexto de creación de los mejores libros de Pedro Salinas, acerca incluso del proceso de redacción de algunos de los poemas (véase, por ejemplo, la carta 91 en que detalla el origen del poema «Nadadora sumergida», incluido en *Razón de amor*) y, lo que me parece especialmente destacable, porque permite investigar sobre la interacción de esa doble forma de elaboración sentimental desarrollada simultáneamente en la escritura de las cartas de amor y de los poemas. Téngase en cuenta que, por su carácter clandestino, estamos ante una relación amorosa esencialmente epistolar, de modo que la carta se convierte en el único espacio posible para vivir el amor, para mantenerlo, para intensificarlo. Esta circunstancia favorece la ingadación en los efectos emocionales de la pasión amorosa, la elaboración de un lenguaje que se pretende único, la reflexión metaepistolar, y la creación imaginaria de un *tú* que resulta ser un

objeto interior del yo, y ambos, figuras del círculo dual de la comunicación amorosa. Todos estos elementos temáticos, enunciativos y retóricos se proyectan en la estructura de los poemas del ciclo poético saliniano de modo que se abre un atractivo campo de trabajo para críticos e investigadores. Pienso, por ejemplo, en la estructura de diálogo con el destinatario ausente que adoptan muchos poemas de Salinas, algo a lo que él alude en líneas como estas:

Calificas mis versos de *sencillos* y así los escribí: muchos de *nuestros* poemas, ¿sabes?, no son poemas pensados ni elaborados: son poemas *hablados* que brotan como al hablar, no sólo en su necesidad, sino en ir dirigidos a una persona. Tú habrás observado, alma, cómo son formas de un diálogo en el que tú eres la interlocutora. Y por eso parecen tan sencillos [261-262].

Se publican aquí, como ya dije, 151 cartas seleccionadas, según declara su editor, en base a tres criterios: el primero, por su interés en lo que concierne al proceso de creación de la trilogía poética, el segundo, por la información biográfica que aportan y el tercero por la calidad literaria de la escritura. Lo concerniente al primer criterio, ya ha sido comentado en lo que antecede.

En cuanto a los detalles biográficos, si bien es cierto que un epistolario amoroso gira de manera obsesiva y recurrente sobre un único tema (*te quiero* y sus derivados: la ausencia, los celos, la soledad...), y en su autismo se aísla del mundo en torno y apenas concede atención a los acontecimientos de la vida cotidiana, profesional o social de los amantes, aquí encontramos confidencias de Salinas acerca de su estado de ánimo, opiniones sobre autores contemporáneos (Altolaguirre, Jorge Guillén), o sus entusiastas impresiones sobre Méjico. De especial interés son algunas de las cartas escritas a finales del 38 y en el 39, en las que

muestra su preocupación, su amargura y su rabia por la evolución de la guerra civil, por la pasividad de las naciones europeas, o por el «trato salvaje e inhumano» que los franceses estaban dando a los refugiados españoles.

No obstante, llama la atención que ninguna carta haga mención a un suceso que afectó seriamente a la pareja. En febrero de 1935 Margarita, la mujer de Salinas, descubre la infidelidad de su marido e intenta suicidarse. Keith Whitmore, que residía en España desde el verano de 1934, nos dice en las páginas del Apéndice que tras ese hecho «nada volvió a ser lo mismo. La conmoción me devolvió a la realidad. Me di cuenta del carácter de nuestra relación y me sentí culpable. Estaba haciendo daño a otros». Su regreso a los Estados Unidos en junio de 1935 es vivido por ella como el final, pero Salinas no acepta la separación y quiere continuar. Enric Bou menciona en el prólogo el vacío que se advierte en la correspondencia entre agosto y octubre de 1935, sin ensayar ninguna explicación. Resulta inverosímil este silencio epistolar en un momento en el que Salinas tenía que salvar la relación, tenía que convencer a su destinataria de que era posible seguir. ¿No habría pensar en una posible destrucción de esas cartas para mantener a salvo de la curiosidad ajena el ámbito más comprometido y difícil de la actuación de Salinas?

A pesar de estos silencios tan significativos, que un biógrafo debería investigar con mayor detalle, hay que celebrar la publicación de esta correspondencia, que constituye un material de enorme relevancia para la lectura y la comprensión del ciclo poético amoroso de Pedro Salinas, y valorar el buen trabajo del editor en la selección, en el prólogo, y en las notas finales.

Celia Fernández Prieto